



Puntos de
vista de una mujer
Carmen Laforet

Edición de Ana Cabello y Blanca Ripoll
Prólogo de Inés Martín Rodrigo

DESTINO

Puntos
de vista
de una
mujer

Carmen
Laforet

Edición de Ana Cabello y Blanca Ripoll
Prólogo de Inés Martín Rodrigo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1530

© Herederos de Carmen Laforet, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

© de la edición: Ana Cabello y Blanca Ripoll, 2021

© del prólogo: Inés Martín Rodrigo, 2021

© de la traducción de las citas de R. M. Rilke: Alberto Assa

© de la fotografía de Carmen Laforet. Canarias, 1951. Cortesía de Archivo familiar.

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-233-5915-8

Depósito legal: B. 1.606-2021

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Rodesa, S. L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La fiesta de la moda

Yo quisiera escribir para mujeres sobre temas nuestros, de mujeres. Lo malo es que yo no voy a hacer un apartado de recetas culinarias, de charlas de puericultura o sobre la mejor manera de fruncir una cortina, cosas todas que deben interesarnos a las mujeres forzosamente, pero que es tarea para la que yo no me siento capacitada, quizá porque cuando escribo me gusta descansar de ella.

Quisiera, desde aquí, hablar para mujeres que al tomar la revista entre sus manos quisieran descansar también, charlando un poco con una amiga. Nada como una conversación sincera y descuidada con personas del mismo sexo, para aliviar la tensión del vivir diario. Los hombres saben mucho de esto. Han inventado la tertulia del café y el recinto infranqueable de sus casinos para refugiarse un poco y justamente, esa es la verdad, de nosotras. En cambio se mira con desconfianza cualquier club femenino, cualquier lugar en que con cierta regularidad las mujeres puedan reunirse para hablar libremente y sin reticencias con otras mujeres. Esta reacción es, desde luego, poco generosa; la mujer aporta hoy al vivir diario una parte de trabajo tan pesado y tan duro como el de cualquier hombre, teniendo, además, que conservarse graciosas y amables para servir de descanso y de apoyo a los

trabajadores del otro sexo, pues esto, entre otras misiones principales, es nuestra misión. Nuestro deber es, en la mayoría de casos, olvidarnos de nosotras mismas y vivir cada hora la vida de los nuestros. Unos minutos de descuido, una pequeña tertulia con nuestras amigas en la que por algún tiempo se dejen a un lado la envidia, los celos y todas las otras preocupaciones, nos rejuvenece más y mejor que cualquier crema de belleza. De estos temas que surgen en nuestra tertulia de descanso son de los que yo quisiera hablar aquí.

Hablando de belleza y rejuvenecimiento me ha venido la idea de contaros un desfile de modelos que hace pocos días se ha visto en Madrid, en los salones del modisto Marbel. Los modelos presentados eran de Marbel y de Schiaparelli.¹ La señora Schiaparelli vino de París para presentar su colección y con este motivo se inauguró el desfile con una fiesta de noche.

El ambiente era ya de por sí un acierto; brillante y dorado como una bella página literaria. Había mucho de literario allí, pues bajo las luces de las lámparas, entre los espejos y los suelos relucientes, se movían, vestidos de etiqueta, muchos personajes de cuentos y novelas y también los autores de estos personajes. Los modistos tenían empeño en mezclarnos aquella noche en el interés común de esa cosa fantástica y delicada, algo así como la curva gráfica de la civilización, que son las oscilaciones de la moda.

Una amiga vino a saludarme. Como la había visto por la mañana en su ambiente íntimo y casero, amurallada entre sus hijos y sus criados, me costó trabajo reconocerla. Ella me confió, sonriente, que esta noche era un hada,

1. El diseñador catalán Marbel, formado en París con Paul Poiret, celebró el 2, 4 y 5 de abril de 1948 sus veinticinco años en el mundo de la moda con un gran desfile en sus salones de la avenida Generalísimo Franco (actual Paseo de la Castellana), al que invitó a la gran diseñadora italiana Elsa Schiaparelli.

ya que sus chicos le habían dado esta categoría al verla enjorada y de un blanco reluciente. Poco después pude saludar a Cleopatra. En la vida corriente me parecía recordar que no tiene más que diecinueve años, pero esta noche ella sentía y nos hacía sentir su experimentada belleza de siglos.

Literatura. Puesto que había tanta, ¿por qué no entregarse a ella? Allí estaban las siete mujeres de Barba Azul, a cual más linda y menos decapitada. Las siete mujeres de Barba Azul que suelen dormir todo el día, hasta la caída de la tarde, y que cada noche se disfrazan de algo distinto: sirenas, reinas, envenenadoras... Cada día con nueva personalidad, hasta parecer, en vez de siete, setecientas mujeres irreales. Barba Azul también estaba allí. Varios Barba Azules y... ¿cómo no?, el Príncipe Encantador y hasta Pulgarcito, un Pulgarcito ya opulento y crecido, después de la fortuna que hizo con las botas de siete leguas. También, como os dije antes, podíais encontrar a Perrault y a los hermanos Grimm. En realidad, esta fiesta de exaltación femenina era una fiesta en honor de los señores.

Las mujeres, y no solo las modelos, que desde la pasarela nos idealizaban esta moda actual (que en un mundo de caos y de dolorosas preocupaciones materiales lanza sus protestas adornándose de los detalles más costosos y superfluos), sino, además, las contempladoras, vestidas de gala, estábamos todas en el escenario para ellos.

Ellos, los hombres, los únicos espectadores. Por algo es creación suya este aspecto nuestro, el de la frivolidad. Nos han cantado tantas veces como a criaturas fantásticas, como a seres de ensueño a lo largo de una civilización de la que quizá vivamos el ocaso, que los seres más trágicos de la tierra, las mujeres, nos disfrazamos para ellos de diosas o de flores, de alma y carne exaltada y radiante, queriendo encarnar su sentimiento.

Dice Maragall que las grandes amadas de la literatura universal lo fueron más allá de ellas mismas, amadas

en la «eterna mujer incoercible al cuerpo», divisada siempre en lontananza, aunque el amador cante a la madre de sus hijos.

Cuando una mujer se conoce amada con aquella furia ideal, ¿qué siente ella? Ninguna nos lo ha dicho. Sabemos del amor del Dante y del Petrarca, pero Beatriz y Laura nada dijeron. Siempre han sido mudas esas grandes amadas.²

Y, sin embargo, cada día, a través de los siglos, la mujer da su respuesta al sueño del hombre siempre repetido. La coquetería encarnada en nombres famosos de todos conocidos, el deseo de ser más bellas, más exquisitas, más alhajadas. El interés y el sometimiento a esta tiranía que la fiesta de la moda impone son la contestación que esta Eterna Amada dedica al Hombre de Siempre:

—Yo, que te soy necesaria con mi sangre, mis risas, mis lágrimas y mi trabajo de todos los días. Que te soy necesaria sencilla como el pan, para solucionarte lo más pesado y humilde del vivir cotidiano y hacerte posible de este modo la proyección de tus ideas, quiero también ser tu anhelo hecho de idealidad, fragilidad, mutación y lejanía, porque lo amo y lo comprendo también.

(13 DE NOVIEMBRE DE 1948)

Fray Luis y las criadas

Voy a felicitar a una amiga y la encuentro en plena desesperación por la crisis doméstica.

2. Ambas citas pertenecen al artículo «Beatriz» de Joan Maragall, publicado el 23 de julio de 1911, pero recogido en el volumen *Los vivos y los muertos* que Ediciones Destino sacó a la luz en 1946 y que seguramente envió a Carmen Laforet.

—Sin cocinera, sin doncella... fregando, lavando, gruñendo... Y para colmo, llega mi santo y ¿sabes lo que se le ocurre regalarme a mi hijo? Mira, este ejemplar de *La perfecta casada*... Es curioso, pero este libro me persigue a través de toda mi vida. Tengo aquí tres tomitos de la obra de fray Luis y por una causa o por otra los tres me han causado irritación... Te los voy a enseñar todos si tienes paciencia para escucharme un rato.

»Este pequeño y viejo es una herencia de mis tiempos de estudiante; solamente de verlo con sus tapas amarillas y desencuadradas, con sus anotaciones marginales, me envuelve una oleada de recuerdos. Se me aparece ante los ojos aquella gran ventana abierta en mi habitación y en la ventana un cielo de primavera y el olor de pinos de la sierra invisible detrás de las casas de la ciudad... Junto a este ejemplar de *La perfecta casada*, cuando yo los anotaba, había cuartillas en desorden, cuadernos y libros de texto. Y en el suelo, muy cerca, el jarro del lavabo, donde yo ponía flores o ramas verdes. Solo con la evocación de este ambiente puedo recordarme como una criatura inconsciente, exaltada y feliz... Me acuerdo de sufrir tanto en aquel tiempo por cosas tan ridículas y tan bonitas... Un disgusto a causa de las criadas como el que tengo hoy era algo para mí tan lejano como la luna. Me recuerdo caminando por las calles, abstraída, oyendo mis propias voces interiores. Estaba como borracha de mi propia personalidad que sentía formarse y florecer de día en día, como los árboles al calor de la primavera. No te puede extrañar que fray Luis con su *La perfecta casada* me indignase entonces... Tan alto poeta prendía una parte de mí con la belleza de sus palabras: habla de madrugar y la mañana se nos levanta, radiante, leyéndolo. La mañana con sus olores tónicos, con su luz de alegría y de actividad... Habla en alabanza de la buena mujer y jamás entraron por nuestros ojos de mujeres palabras tan hermosas para ensalzarnos. Pero me indignaba esta misma alabanza por-

que lo era de todo lo que significa anegamiento de lo que es en el espíritu femenino originalidad y peculiaridad, es la alabanza de la mujer hecha género, entregada al hombre, perdiéndose en su servicio, en el servicio de su casa y de sus hijos. No sabía yo aún que esta humilde compenetración en el trabajo puede ser una fórmula de felicidad. *La perfecta casada* de fray Luis no me parecía una perfecta casada, sino una cocinera... ¡Ah!... y a propósito de cocineras...

—Sígueme contando la historia de tus libros.

—El segundo ejemplar me causó un gran disgusto, pero por causas puramente accidentales. El caso es que este librito está aquí, en mi biblioteca, por devolución. Lo compré para regalarlo a una amiga; una mujer exquisita, inteligente y desesperadamente ociosa. Yo la quería mucho. Le daban melancolías tremendas y nos llegó a asustar con su miedo obsesivo a volverse loca. Yo, que en esta época de mi vida consideraba *La perfecta casada* algo así como un método abreviado para curar complejos, se la regalé sin el menor deseo de molestarla. Al enviarle el libro yo le ofrecía «lo más difícil que hay en el mundo —según Valéry— poner toda su inteligencia y toda su inventiva al servicio»... Creí que sería capaz de ello y que me entendería. Pero el libro volvió a mis manos intacto. Se ofendió. Luego supe que andaba en manos de psicoanalistas... Todo me apena en este libro cuando lo miro: la pérdida de amiga y el que no lo leyese.

—Y este tercer tomo...

—Este tercer tomito ha tenido también la virtud de hacerme enfadar. Primero, por la pedantería que supone el regalo en un chico de catorce años. Luego, por la falta de respeto y la impertinencia...

—Estás tomando el asunto a la manera de tu amiga, ¿no habrás pensado en devolverlo, acaso?

—No, no. He vivido bastante para saberme contener

a tiempo. Pero me molesta que un chiquillo quiera aleccionarme. Aunque ahora está de moda eso de que los hijos enseñen a sus padres, a mí no me gusta...

—Pero no desbarres... ¡si el libro es muy bonito!... y mira, aquí hay algo subrayado con mucha delicadeza, ¿quieres que te lo lea? Es el proverbio que encabeza el capítulo XVIII. «Levantáronse sus hijos y loáronla, y alabóla también su marido.»

—¡Qué amable!... Yo había tenido miedo —te confieso— de que en estos días se me notase demasiado el mal genio que tengo y que el niño, hartado, me hubiera querido hacer leer lo que en ese libro se dice sobre las mujeres mal encaradas. Me había olvidado de que con todas mis imperfecciones, para mis hijos soy perfecta... Me están entrando ganas de leer algo más... ¿No dice ese gran realista de fray Luis algo sobre el problema que hoy me preocupa, sobre las criadas?

—Sí, aconseja a la casada que madrugue porque «sus criadas si no las menea ella y las levanta, y mueve a sus obras, no se sabrán menear». «Y cuando las criaturas madrugasen por sí, durmiendo su ama y no la teniendo por testigo y guarda suya, es peor que madruguen, porque entonces la casa en aquel espacio de tiempo es como pueblo sin rey ni ley y como comunidad sin cabeza; y no se levantan a servir, sino a robar y a destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos...»

—Ya está bien. No queda ni el consuelo de decir: en el siglo xvi fue mejor...

—Sin embargo, las criadas de estos tiempos de las que tanto te quejas han protestado ya del juicio de fray Luis. Durante la guerra, un diario que en su página femenina de los domingos publicaba trozos de *La perfecta casada* recibió la carta, rebotante de indignación, de una chica de servir, honrada como la que más —decía ella—, y cuya señora había podido dormir tranquila durante diez años que llevaba a su servicio, encontrando al despertar la casa

limpia como una patena y entera... La carta iba dirigida al señor don fray Luis de León...

—¿Y el remite?... ¡No pongas esa cara de boba! Ya que sabes la anécdota, podrías recordar también la dirección de esa excelente criada...

(20 DE NOVIEMBRE DE 1948)

La hora de las restricciones

La hora del obscurecer es una hora hermosa y extraña, de la que los hombres y mujeres de la ciudad nos habíamos olvidado un poco. He oído llamarla a un amigo poeta «la hora del pastor». Mi amigo, ciudadano de pies a cabeza, solo recordaba los crepúsculos que había podido ver en el campo, resbalando la última luz sobre las aguas, sobre los lomos encendidos de un rebaño de ovejas, sobre la calma tallada del guardador. Sus múltiples anocheceres en la ciudad le habían pasado inadvertidos.

Hoy día, forzosamente y en gracia de las restricciones eléctricas, los crepúsculos ciudadanos son un hecho palmario y evidente, irritante muchas veces, sobre todo para las mujeres, a las que suele coger en casa y solas. Siempre, siguiendo el ejemplo de la mal casada del romance que se puso a bordar y «bordar no podía», se puso a coser, «coser no podía»..., se asomó al balcón «por ver si venía», cabe el recurso de asomarse a la ventana. Vemos, sobre las azoteas, franjas rojizas sobre maravillosos grises de nubes y nos dejamos invadir por la belleza pensativa de la hora. Mil confusas esperanzas atropelladas y hundidas, durante el largo día, por las cosas reales que estamos obligadas a ver, a tocar, a reparar, suben en burbujas desde el fondo del espíritu y se actualizan. Pensamientos buenos o malos, pero infinitamente más ligeros y caprichosos que a ninguna otra hora,

nos bañan la cara con una expresión íntima, que no teme ser acechada.

Si estamos conversando con una amiga la conversación languidece un momento, entre las sombras. A veces la tensión es tan grande que no se puede resistir y se reclama la luz de una vela.

Pero esta luz rojiza, alargada, esta luz de joya no rompe el encanto. La obscuridad se espesa en los rincones y aparece llena de vida palpitante la fina cabeza de Nefer-ti-ti.

Hablo de Nefer-ti-ti porque estoy en casa de unos amigos que al pasar por Berlín —en la época en que el busto de la reina egipcia se guardaba en aquella ciudad— compraron, enamorados de ella, esta pequeña reproducción que ahora nos mira.

A esta hora irreal, Nefer-ti-ti es la realidad misma de esta habitación. Mis amigos se hunden en una opaca negrura desde donde no llegan las palabras. Nefer-ti-ti, iluminada y dulce, habla:

—Mírame, soy joven, nunca dejé de serlo porque mis días fueron cortos en aquella época en que yo, como tú ahora, podía apasionarme y descomponer mi rostro en el llanto y la risa. Treinta y cuatro siglos de juventud me han traído a tu lado hoy, porque eres joven también, aunque en ti esta juventud durará un solo momento, se arrugará, se convertirá en polvo y pasará sin dejar rastro.

»Vengo también a tu lado porque eres mujer, y yo, mujer con experiencia de milenios, sé bien que la curiosidad más fuerte de las mujeres, aparte de la que sienten por algún hombre determinado y mortal, se centra en nosotras, las mujeres tipos. Las mujeres eternas, vuestros modelos y vuestro asombro.

»De mi vida crees saber tanto como yo misma. Sabes que fui esposa real, en plena adolescencia del más adolescente, entusiasmado y revolucionario de los reyes, Amenothep IV, o Amenofis, como tú algunas veces dices, o

Akhenaton, como él quería ser llamado. Jamás podrás saber, sin embargo, cómo sonaba su nombre pronunciado por mis labios, ni cómo él pronunció el mío —tu lengua, de cuya melodía te enorgulleces, no llega a la flexibilidad de nuestros vocablos—. Sin embargo, te concedo que conoces muchas cosas. Sabes de la espléndida ciudad que la voluntad de Akhenaton levantó del desierto, de nuestra prodigiosa vida en ella. Tus libros de Historia te enseñaron, en reproducciones de bajorrelieves, nuestra alegre vida familiar y la frágil belleza de nuestras hijas. Y el gozo que sientes ahora al contemplarme es lo que aún queda del amor maravilloso que inspiré a Akhenaton y también de su amor por la Belleza. Pues te diré esta tarde, y en esta hora de la muerte del día, que el poderío y el odio y la cruel ferocidad, pasan y se acaban con cada uno, pero el amor a la Belleza hecha Arte se conserva para hacer latir el corazón de los hombres con la misma emoción pura y fresca que puso en ella su primer amador.

»Nosotros tuvimos la ambición de esta hermosa supervivencia a través de los siglos. El palacio del escultor Thutmose destacaba en nuestra capital entre los palacios de los príncipes. Sus manos inspiradas modelaron mi cabeza y mi cuello para recreo y dicha de Akhenaton. Así puedes contemplar mi abultada sonrisa de niña y la delicada armazón de los huesos adivinándose en mis mejillas...

»Tú, que crees que solo el poder de esta hora melancólica, de estos minutos grises, te hace interesante mi charla, no eres más que una ligera partícula del alma de tu tiempo, que se rinde a mi encanto... Cuando la última revista de modas se abre en tus manos, mi silueta se recorta en la de las bellezas actualísimas. Los joyeros exhiben copias de mis joyas en los escaparates que a veces hacen que te detengas un momento cuando paseas por las calles de tus ciudades pobres, hechas de ladrillos pe-recederos. Y los hombres de esta hora, los hombres para

los que os engalanáis trabajosamente las mujeres de este momento, aman mi sonrisa en vuestras bocas...

Juro que he oído estas palabras de la reina egipcia aunque yo misma no lo creo, pues el momento de tinieblas que nos imponen las restricciones eléctricas ha pasado rápidamente. De pronto, con un baño de repentina claridad, una serie de ruidos que parecían agazapados saltan vivos a nuestro alrededor. Algarabía de niños en el fondo de la casa, vocear de periódicos en la calle. Es la hora de la merienda. Tintineo de cucharillas... La conversación, por arte de magia, se reanuda rápidamente. Sube de tono, estalla en risas. La hora de las restricciones, la hora de la fantasía, ha pasado.

(27 DE NOVIEMBRE DE 1948)

La paciencia masculina

En el barullo de una reunión, tropiezo con un señor pequeño, de grandes bigotes. Ya he coincidido con él en varios sitios y me sobresalta, cada vez, no recordar su nombre. Esto hace doblemente amable mi sonrisa. Tengo idea de que tiene una señora, y le pregunto por ella. El resultado de esta pregunta es extraordinario; este señor se inclina hacia mí y me comunica su necesidad urgente de hablarme a solas. Al mismo tiempo sus ojos buscan rápidos y encuentran muy pronto un rinconcito para acapararme.

No hay remedio. Perdida para este mundo de gentes que se divierten, tengo que concentrarme en el par de bigotes expresivos que, frente a mí, amparan su ataque de palabras.

—¿Mi mujer? Ya se ha dado usted cuenta de que no está aquí. Como usted, la mayoría de las personas me ha preguntado insistentemente. He tenido que decir que

está enferma, y nada de eso, ya es hora de que alguien lo sepa. Mi mujer no está aquí esta noche porque ha tenido una terrible discusión conmigo; ¿qué le parece?

Me parece bien, pienso. Pero me callo esta opinión prudentemente. Alentado por mi silencio, él continúa. El origen de la discusión fue una pequeña broma suya acerca del aspecto de la señora.

—Figúrese usted, después de quince años de matrimonio, si no va a tener uno derecho de decirle a su mujer que parece un oso...

Un oso, ¡qué palabra tan evocadora! Rápidamente recuerdo estampas del parque zoológico donde estos graciosos animales reciben las visitas y los regalos de un público protegido por barrotes, fosos y un terrible letrero que avisa «Muy peligroso...». Recuerdo también osos callejeros, bailarines con su existencia unida a la de un gitano, vagabundo envidiable, sin ataduras y sin horas fijas... Y la poesía de Rubén, aquella que leíamos a los catorce años, tumbados bajo la sombra de una higuera en el verano más densamente empapado de literatura, de nubes lentas, de sabor a fruta. En el verano más verano de nuestra existencia: «Osos, osos misteriosos...».

También, claro está, la palabra evoca a Camelia, la esposa de este caballero, y ahora la recuerdo muy bien con su abrigo de pieles lacias, como un oso triste. Hubo un tiempo, dicen, que fue blanca y bonita como su nombre; pero al casarse se marchitó mucho y su marido se entregó a devaneos no muy recomendables, con los que aún sigue. Ahora, este señor me pide que le compadezca por la trifulca que con el tonto pretexto de su broma se ha armado en su casa, donde ha dejado a Camelia hecha un mar de lágrimas. Yo no estoy muy propicia a la compasión. En parte porque oigo música en el salón vecino y me gustaría ir a bailar. En parte porque todos estos señores que proclaman ser maridos pacientísimos me recuerdan la absurda historia del paciente Leoncio. Le

digo esto último a mi interlocutor y pone cara de no entender en absoluto.

—Ya que no sabe usted ese cuento, se lo explicaré en dos palabras, y quizá después de haberlo oído pueda usted mirar sus asuntos con Camelia desde otro ángulo. Leoncio, llamado «el paciente» después de su muerte, fue un hidalgo rico y derrochador a quien frizando en los treinta años entraron ansias de perfección. Se debió este hecho a la lectura de la vida de un santo de su familia, cuyo horóscopo, según aseguraban los astrólogos de su tiempo, era idéntico al de Leoncio, ya que este había nacido al cumplirse siglos del nacimiento de aquel. Dicen también que esta lectura coincidió con el final de la fortuna de Leoncio, alegremente derrochada. El caso es que el hidalgo, con heroico arranque, se llevó a su familia a vivir en una cueva de las afueras de la ciudad y se entregó a la meditación. Cuentan que en esta nueva vida, su paciencia fue tanta que nunca se quejó ni llenó de improperios a su mujer, aunque esta, torpe y poco acostumbrada a las faenas domésticas, le presentaba a la hora de la comida platos mal guisados y poco abundantes. Hay que tener en cuenta que la existencia de su mujer se fue haciendo una carga insoportable para Leoncio, sobre todo cuando ella perdió sus hermosos colores y empezó a marchitarse y arrugarse de día en día; pero el paciente hidalgo lo sobrellevaba con humildad, y su silencio no se rompió ni al ver que ella le seguía dando hijos, cada año, con molesta insistencia, solo por el afán de fastidiarle y distraerle de sus pensamientos con el llanto nocturno de los pequeños. Jamás ermitaño alguno fue tan mortificado y tan tentado a la ira como Leoncio durante el transcurso de su vida matrimonial. Sin embargo, se supo contener y no sucumbió a la tentación de cambiar su estado de penitencia, ni al ver la miseria de sus hijos. Tenía la humildad de vivir solo del trabajo de su mujer, que hacía faenas en las casas ricas de aquella ciudad, en la que él pecara

tanto en otros tiempos. Con esta vida ejemplar, Leoncio se preparaba la gracia de una muerte singular. Una noche de invierno sintió que el gran momento había llegado y, despertando a su mujer de madrugada, la hizo salir a la puerta de la cueva y le mostró un mundo nevado y maravilloso que empezaba a brillar y a colorearse con las primeras luces.

»—Es el último amanecer que contemplo —dijo Leoncio—. Aunque me ves fuerte y sano, hoy, según mi horóscopo, debo morir al son de las primeras campanadas que llamen a misa en los conventos de la ciudad, como murió hace siglos mi santo pariente. Te quiero dar las gracias, mujer, pues aunque indigna, has contribuido a que yo haya alcanzado gran dominio en el ejercicio de mi paciencia. Ahora recibiré mi premio con una muerte milagrosa que ha de realizarse ante tus ojos. Arrodíllate conmigo.

»La mujer se arrodilló. Pero en aquel momento se oyeron, claras como el cristal, las voces de las primeras campanadas. La mujer resbaló dulcemente y quedó muerta —en los labios una sonrisa de dicha— a los pies de su asombrado marido. El prodigio se cumplió de una manera absurda, ¿no le parece?

—¡Absurdo!... ¡Ese cuento es absurdo!

—Pero no deja de ser lo mejor que yo he oído sobre paciencia masculina, se lo aseguro.

—¡Hum!

(4 DE DICIEMBRE DE 1948)

Sobre el libro de una mujer

En estos días de diciembre, maternales como los de ningún mes del año, llega a mis manos un libro; una novela que es, aún más que eso, un poema de la maternidad.